







PEQUEÑAS BESTIAS

CHAI EDITORA

Brandon Taylor

PEQUEÑAS BESTIAS

Traducción de JUAN NADALINI

Colección dirigida por FEDERICO FALCO

Taylor, Brandon

Pequeñas bestias
/ Brandon Taylor

1a ed.- Ciudad Autónoma de
Buenos Aires
Chai Editora, 2022.

246 p. ; 21 x 14 cm.
(Cuentos / Federico Falco)

Traducción de: Juan Nadalini
ISBN 978-987-48567-3-9

1. Cuentos.
2. Narrativa Estadounidense.
I. Nadalini, Juan, trad. II. Título.
CDD 813

Austria 1840 depto V.
(C1425EGD)
Ciudad de Buenos Aires,
Argentina
www.chaieditora.com

Título original
Filthy animals

© Del texto, Brandon Taylor, 2021

© De esta edición, Chai Editora,
2022

© De la traducción, Juan Nadalini,
2022

Diseño de tapa
Gonzalo Marín

Foto de tapa
Julieta Vieira Nobre

Diseño del interior
Gonzalo Segura

Primera edición
Noviembre de 2022

ISBN: 978-987-48567-3-9
Hecho el depósito que marca la ley
11.273



Para Lincoln

Cena

Lionel había dejado el hospital apenas unos días antes de recibir la invitación para la cena.

El anfitrión vivía en el departamento de planta baja en un dúplex del Near East Side, separado por un ínfimo pasaje sin salida de las casas amplias con vista al lago Monona.

Un rumor festivo, indiscernible, se deslizó hacia el frío azul de la calle y encontró a Lionel bajo los cristales de la galería delantera, donde se había parado a espiar el interior. Ahí afuera, en la penumbra, observándolos a todos, se sintió poderosamente anónimo. No reconocer a nadie salvo al anfitrión le resultaba al mismo tiempo un consuelo y una advertencia.

Un rectángulo de luz pálida se fue desplegando sobre la escalera cuando el anfitrión abrió una puerta de bisagras ruidosas.

—Mierda, qué frío hace. ¿Viniste caminando?

Lionel subió los peldaños e intentó convertir la rigidez de su cara en una expresión afable; el esfuerzo le provocó un hormigueo en el cuero cabelludo. Había hecho a pie solo una parte del trayecto, unos diez minutos en total. El ómnibus lo había dejado del otro lado de Orton Park. Cuando el anfitrión se dio cuenta de que Lionel no iba a responderle, dijo:

—Bueno, llegas justo a tiempo.

—No pude pasar a comprar nada... Acabo de volver —dijo Lionel. Los varios pares de zapatos en el hall de entrada le indicaron que no

se trataba de la pequeña reunión que había imaginado. También eran señal de que no estaba llegando *justo* a tiempo. Pero eso ya lo sabía.

—¿Muy largo el viaje? —El anfitrión lo abrazó por la cintura y lo acercó hasta que quedaron casi pegados, en el umbral del departamento pero aún no completamente adentro—. ¿Todo bien?

—Un par de semanas —dijo Lionel—. Perdón por no haber estado en contacto.

—Son días ajetreados —dijo el anfitrión en un tono que no carecía por completo de cierta agresión pasiva. Lionel giró ligeramente la cabeza, impulsado por un reflejo de culpa, y los labios resecos del anfitrión le rozaron la boca.

—Gracias —dijo Lionel.

—Qué bueno verte. Esta noche hablemos, ¿sí? Pongámonos al día. Hace siglos...

—Sí, por favor.

Unos pocos invitados ocupaban sillas dispares o estaban sentados en el piso, sosteniendo platos llenos de legumbres y de verduras húmedas. El carácter improvisado de la reunión atenuaba el efecto de extrañeza que le causaba estar ahí solo, ya que si bien claramente llegaba tarde, nada le indicaba que los otros se relacionaran entre sí como si fueran amigos íntimos. Lionel no lograba adivinar una lógica clara por detrás de esos vínculos. Le parecían únicamente unos cuantos desconocidos, nerviosos e incómodos, en el living del anfitrión. Los saludó con la mano, ellos le devolvieron el gesto. Que lo hubieran visto y haberlos visto le resultó conmovedor.

Se sintió vivo, parte del mundo.

El contingente más grande y ruidoso disponía la comida en la cocina. Mientras esperaba su turno, Lionel los observó contorsionarse y chocar. Se tocaban la espalda, los hombros. Varones y mujeres. Se abrazaban, se besaban, se apretaban unos contra otros. Enlazaban brazos y enganchaban pulgares en bolsillos ajenos. Se servían vino, cuchareaban cosas entre los distintos platos. El sonoro zap de las bandejas plásticas

y el tintineo del hielo, el siseo del agua con gas. Mientras hacían los últimos ajustes, casi encima suyo, Lionel vio que tenían aproximadamente su misma edad, casi encima suyo, unos veinticuatro años, quizás un poquito más. Olían a tabaco y a algo brillante y vegetal —orquídeas, hortensias—. Decían *ey, hola, perdón*, y él se corría a un costado para dejarlos pasar.

Cuando la cocina quedó vacía y ya todos se habían acomodado para cenar, Lionel preparó su propio plato: espárragos al horno, arroz integral y ensalada de kale. Se inclinó sobre la mesada, de un amarillo descascarado, y removió la comida para un lado y para el otro hasta que todo quedó perfectamente mezclado. La cocina era húmeda y estaba impregnada por el olor de la gente, sus colonias, sus champús y lociones. Pero la ventana abierta dejaba pasar una columna de aire puro, frío. El viento silbaba al colarse por las escasas rajaduras del mosquitero.

—¡Lionel! —gritó el anfitrión desde el living—. Lionel, ¿qué haces ahí? ¡Estamos acá!

Que lo convocaran de ese modo lo hizo sentir tonto. Cuando apareció en el umbral de la puerta, el anfitrión aplaudió tan fuerte que Lionel creyó ver que las luces del techo titilaban y aumentaban su brillo. Le dolieron los dientes.

—¡Ahí está, ahí está!

Los demás no aplaudieron, así que el gesto del anfitrión resultó triste y cruel al mismo tiempo. Lionel pudo apreciar entonces la gama completa de invitados. Un gordito en el piso entre dos sillas seguía insistiendo en que estaba cómodo. Una rubia con ambos pies subidos al asiento sostenía el plato sobre las rodillas, haciendo equilibrio. El anfitrión compartía el diván con un hombre y una mujer que parecían hermanos, ambos con idénticos pantalones de corderoy negro y medias grises. Ella usaba un rodete desmañado y él tenía el pelo largo hasta los hombros, salvaje y contenido bajo una gorrita de béisbol hecha de fieltro. Una persona andrógina, alta y despampanante, con un corte al rape platinado y un piercing en el tabique, gesticulaba frente a una mujer negra de overol y mejillas perforadas. Unos varones gay

flaquísimos, vestidos con pulóveres marineros —uno blanco con rayas negras y el otro negro con rayas blancas—, flirteaban con un varón igualmente delgado con anteojos de sol. Una mujer con pantalones de gabardina marrón tenía la cabeza entre las rodillas y el ceño fruncido. Las caras eran un muro de expresiones amables y serenas; pero después volvieron a hundirse en sus conversaciones. El rumor de la charla tapó la música suave.

Cerca de la chimenea en desuso, sobre la que alguien había colgado unos cuernos de novillo, Lionel aprovechó un lugar libre en el suelo y se apretujó junto a un hombre de polera bordó. Tenía una musculatura densa, innecesaria, y parecía una de esas personas que se dejaban observar con gusto, alguien capaz de sostener la mirada.

Las conversaciones eran difíciles de seguir. Todos hacían referencia a otros momentos, a otros acontecimientos, a otras fiestas, y cada referencia, en lugar de poner en relación dos cosas distintas, contenía la jerga completa, la totalidad del gesto. Lo cual, bueno, no era grave, él mismo había ido a la universidad con tipos en cuyas charlas solo hacían alusión a películas de Will Ferrell y chistes de Adam McKay. Salvo que él no había ido a esas otras fiestas. No tenía modo de acceder a las referencias, al sistema. Se rio por compromiso junto a los demás, aunque con demora, y muy pronto se hartó de esa sensación de falsedad que le vibraba en el fondo de la nariz. El hombre que estaba junto a él no dejaba de mirar para su lado, y una o dos veces sus ojos se encontraron. A Lionel le asombró experimentar cierto entendimiento. Ambos estaban, por un raro giro del azar, afuera de esas charlas, aunque Lionel sospechó que en el caso del otro era algo deliberado. Lo envidió. El modo en que algunos podían elegir estar o no presentes con los demás en determinados momentos. Era una posibilidad que a él, personalmente, le estaba vedada. Sentía que siempre llegaba a los momentos cuando ya se terminaban, cuando los demás ya estaban por pasar a otra cosa. Carecía del más mínimo sentido de la oportunidad. Pero los ojos del hombre no cesaban de buscarlo, y Lionel empezó a

sentir que los dos, al estar afuera, ocupaban ahora su propio instante. Con su propio tempo.

—Soy Charles —le dijo al fin.

—Lionel.

—Sí, escuché. Ahora eres famoso.

—Bueno, él es así. Cree que todo está bien siempre y cuando se pueda reír del asunto —dijo Lionel. Charles alzó las cejas.

—¿En serio?

—Sí —empezó a decir, pero se detuvo porque no quería que lo consideraran un chismoso, aunque Charles se había inclinado sutilmente hacia él como si en efecto estuviera por escuchar un chisme—. Bueno, es su tipo de humor.

—¿Eres vegetariano? —preguntó Charles. La arbitrariedad del comentario, salido de la nada, tomó a Lionel por sorpresa.

—¿Cómo supiste? ¿Por mi cara?

—El plato —dijo Charles—. Estás viviendo una vida leguminosa.

Y como si no hubiera preparado ese plato con sus propias manos, Lionel bajó la vista y contempló la comida. La mezcla de arroz y kale. Los tallos de espárrago. Unos cuantos trozos de palta, cada vez más blandos y oxidados.

—Me descubriste.

Lionel miró el plato de Charles. Tenía dos porciones de pescado, de esos que se sirven con cabeza y todo, la piel crujiente y oscura. Parecía besugo o algo similar. Lionel había dejado de comer carne el año anterior, en el hospital. Había algo terrible en todo ese asunto. La carne era una cosa tan próxima a la muerte, y él en la clínica había pasado tanto tiempo mirando videos sobre la industria alimenticia. Esas imágenes siempre temblorosas, grabadas con la camarita de un teléfono, repletas de jadeos y de ruido a ropa; primeros planos de vacas con el hocico aplastado contra jaulas llenas de barro, o echadas tristemente de costado, sufrientes, con llagas supurantes y vientres distendidos. No es que ahora fuera un vegetariano radical. Le faltaba esa energía

militante. Además la situación todavía le traía algunas dudas, porque en realidad la causa de aquel deseo por abstenerse de la carne no era el medioambiente, ni el bienestar de los animales. La suya era una decisión egoísta. La mera idea de consumir una cosa muerta, cuando él mismo había estado a punto de morir, cuando él mismo había deseado la muerte, le parecía demasiado. Lionel esperó a que Charles dijera algo desdeñoso sobre los vegetarianos —ese momento en que los demás proyectaban en él cualquier rastro de culpa que sintieran por consumir carne—.

A veces extrañaba muchísimo las hamburguesas.

—¿De dónde conoces a nuestro amigo en común? —preguntó Charles—. Creo que nunca te vi en una de estas fiestas tontas. —Esta vez Lionel se había preparado para la transición abrupta.

—Estábamos en el mismo departamento académico —dijo. Hacía varios años que Lionel era amigo del anfitrión. Se habían conocido en la universidad, cuando eran pasantes del departamento de ciencias informáticas: Lionel venía de Michigan y el anfitrión de Arizona. Después los habían aceptado a los dos en un programa de matemáticas aplicadas en Wisconsin, donde estudiaron juntos durante unos años, aunque Lionel se dedicaba más a la matemática pura y dura mientras que el anfitrión trabajaba en aplicaciones prácticas para blindajes y exploración espacial. Se reunían a almorzar y a tomar café antes y después de los seminarios; que ninguno de los dos hubiera sido un niño prodigio en matemáticas había ayudado a afianzar el vínculo. Se acostaron juntos aquel primer verano febril, recién salidos de la licenciatura, mientras esperaban que sus vidas se pusieran en marcha. Ahora el anfitrión estaba a punto de recibirse antes de tiempo; su proyecto había despertado el interés del Ministerio de Defensa, que ansiaba convertirlo en un arma para intervenir en guerras extranjeras.

—Ah, así que también eres un genio loco. Debe ser lindo. —Charles silbó impostando admiración.

—De genio no tengo nada, eso seguro —dijo Lionel. La palabra le provocó una ligera náusea—. Ahora igual no estoy estudiando. Me tomé licencia.

Charles hizo girar el tenedor con un veloz movimiento de dedos. El metal destelló al pasar frente a su muñeca, antes de terminar otra vez en la posición correcta. Lo hizo de nuevo, como si tal cosa, un truco simpático y elegante.

—¿Y entonces qué haces?

—Superviso exámenes —dijo Lionel.

—¿Perdón, qué cosa?

—Asisto a los profesores con las evaluaciones. Y también tomo exámenes de ingreso.

El apetito de Lionel se redujo a una llamita blanca en la boca del estómago. Su puesto de supervisor solo lo incomodaba cuando tenía que explicárselo a alguien, y solo cuando ese alguien sabía que él alguna vez había sido un estudiante de postgrado con buena química cerebral. Supervisar exámenes no le parecía mal, pero podía ver cómo lo miraban los demás apenas se lo contaba, y cómo de inmediato evaluaban su vida de ese momento según la vara de lo que había sido alguna vez.

—Te estás burlando. ¿De genio de las matemáticas a supervisor? ¿Pero ese trabajo existe?

—Existe —dijo Lionel—. A eso me dedico.

—¿Cómo pasó?

—Medio que me fui deslizado hacia ahí —dijo.

—Una caída abrupta.

—No tan abrupta como crees.

Charles aguzó la mirada pero con una sonrisa. Lionel sintió entre ellos un chisporroteo de corriente estática.

—¿Eso anhela tu corazón? ¿Supervisar exámenes?

—¿Y tu corazón anhela interrogar a desconocidos en una cena, como un personaje de Chéjov?

—No sé de qué hablas —dijo Charles secamente. Lionel resopló por la nariz: la contundencia del sonido lo sobresaltó. Charles volvió a jugar con el tenedor.

Lionel contuvo el impulso de responderle, agradecido por la oportunidad de abandonar ahí mismo esa charla. Ahora se le hacía evidente, como nunca antes, que tanto él como cualquier otro estudiante de postgrado dependía del valor de su filiación universitaria para abrirse paso en una conversación. Como si la academia fuera un satélite que emitiera una señal constante que le permitía saber quién era y dónde estaba parado. Había sido recién tras abandonar aquella vida que comprendió que le era imposible relacionarse con los demás sin esa ayuda. La gente lo miraba distinto cuando él no mencionaba que alguna vez había estudiado o que había tenido vínculos académicos. Lo miraban como si no existiera. Pero lo peor era que él a veces también se miraba de ese modo.

—¿Te gusta? —preguntó Charles.

—Me da tiempo para pensar —dijo Lionel—. Es raro. Antes pensaba tan rápido. A veces, por ejemplo, sentía que tenía seis conversaciones mentales distintas, todas al mismo tiempo. Pero ahora tarda un año en terminar una única idea.

—Si mi cabeza funcionara así, me suicidaría —dijo Charles—. Es que, Dios mío, suena pésimo.

El filo de sus palabras lo apuñaló entre los ojos. El aire en la habitación era denso. Lionel sintió la lengua pesada y entumecida. Algo se le atascó en el fondo de la garganta cuando quiso responder. Tosió a tientas para ver si podía eliminarlo, pero ese nudo sólido o lo que fuera seguía ahí, aferrado tercamente. Se palpó el cuello y lo sintió hinchado. Tenía la piel caliente y roja. Por un segundo pensó que estaba teniendo una reacción alérgica, esa sensación tan extraña de pánico galopante y garganta seca. Hasta el suéter de lana le picaba y le hacía arder la piel de los brazos. Volvió a toser, en un renovado intento por desprender lo

que le bloqueaba la garganta. Se golpeó el pecho para disipar la tensión, pero nada cedió.

—La gente a veces se suicida —jadeó Lionel—. *De verdad.*

—Tranquilo, amigo —dijo Charles, nervioso. Y lo golpeó entre los omóplatos. El sacudón hizo que el plato de Lionel se deslizara de su regazo y cayera al suelo con un sonoro clanc. La palta grasosa y los restos de kale marchito, bañados en aderezo, se amontonaron en un revoltijo desolador.

El murmullo general, ese muro de ruido festivo, se desvaneció, y no quedó más que el silencio alerta del voyeur y el observado. Lionel percibió la atención de toda esa gente como púas metálicas clavadas en sus articulaciones.

—Necesito... —carraspeó, pero luego se puso de pie sobre unas piernas gomosas y rodeó el diván por atrás. El anfitrión extendió un brazo para tratar de detenerlo. Los demás gritaron:

¿Está bien?

Si yo hubiera tenido que sentarme con Charlie...

Charles, ¿qué hiciste?

¡Primera puerta a la derecha!

El otoño anterior Lionel había tratado de suicidarse.

No había sido un intento sutil, así que su padre se había tomado un avión desde su suburbio en Houston y su madre había ido en auto desde su suburbio en Detroit. Se reunieron con él en Madison, furiosos y aterrados, y lo retaron por haberse tratado, una vez más, tan desconsideradamente.

Estuvo retenido unos días en el hospital de la Universidad de Wisconsin. *Retenido* en tanto no podía salir por voluntad propia. Lo que Lionel recordaba con absoluta claridad era el dolor en la zona lumbar: un ardor justo por encima del sacro que pulsaba la noche entera. El médico puso mala cara al ver su electrocardiograma. Las enfermeras dedicaron muchísimo tiempo a monitorearle la frecuencia respiratoria y la presión arterial. Le pidieron que se serenara y que

tuviera pensamientos positivos. Le preguntaron a qué se dedicaba, qué estudiaba, le dijeron que era joven, que estaba sano, que estaba bien, a salvo. No tenía que asustarse tanto. Pero el pulso seguía desbocado, y a la larga le dieron un calmante que lo hizo caer en el vacío blanco del sueño.

Cuando aparecieron sus padres, Lionel estaba colorado y frío. Su padre soltó una carcajada y dijo: *Pareces un vagabundo*. El médico se estremeció un poco, pero Lionel sabía que su padre solo intentaba hacer una broma. Parecer relajado. Su padre era ingeniero y trabajaba para la industria de los hidrocarburos. Había desarrollado un nuevo método para extraer petróleo de esquisto. Antes de Houston había estado en Dakota del Norte, y antes de Dakota del Norte había estado en Wyoming, y antes de Wyoming había estado casado.

La madre de Lionel lloró al verlo y le preguntó por qué había hecho algo así, pero el médico dijo: *Acá no preguntamos esas cosas. Son privadas*. Su madre miró al médico y dijo: *Nadie me va a privar de nada relacionado con mi hijo*. Lionel habría querido agregar que su madre había quitado la cerradura de su cuarto de infancia y nunca la había vuelto a instalar.

Tras ese primer encuentro, sus padres pasaron por su departamento a buscarle algunos artículos de tocador y una muda de ropa. El médico le dijo que no hacía falta que se fuera con ellos cuando volvieran a buscarlo si no quería. Se podía quedar. Lionel le preguntó por el dolor en la espalda baja, y el médico se ofreció a recetarle Valium, pero le explicó que generaba adicción. *No es tan terrible*, dijo entonces Lionel. El dolor era tolerable. Podía vivir con eso.

Unas semanas más tarde se internó en una clínica privada en las afueras de Detroit. El lugar tenía jardines amplios y ondulantes. Había cedros, pinos, senderitos para dar una vuelta. A eso le decían “ir de excursión”, pero en realidad no era más que caminar hasta la cima de una loma de pendiente muy modesta para contemplar las instalaciones.

Desde esa altura se podía ver la reja negra que bordeaba el perímetro de la propiedad.

El edificio en sí era el típico agrupamiento modernista de rectángulos superpuestos, puntuados aquí y allá por paneles de madera decorativa. Esa modernidad hostil a la historia, hostil al tiempo, supuestamente sin antecedentes pero por completo referencial, incluso de un modo casi rutinario. Esa clase de edificio que de tan ubicuo ya se había convertido en una suerte de cliché visual para representar el dinero, la comodidad, la consideración estética.

Lionel tenía pesadillas en las que caía por un ducto de ventilación solo para despertar después en otro sueño en el que se hallaba atrapado bajo un manto de hielo grueso. Iba atravesando capas sucesivas de sueños y aparecía en situaciones cada vez más espantosas, hasta que finalmente terminaba al pie de una hoguera inmensa, acosado por lobos o perdido en un bosque, en la base de un volcán en erupción. La taquicardia lo dejaba sin aliento apenas salía de la cama. Se pasaba el tiempo leyendo o echado bajo un edredón que le había llevado su madre. Después de unas semanas en la clínica le dieron permiso para abrir la ventana. Un enfermero destrabó el cerrojo y le explicó que no había mosquitero y que en primavera debía tener cuidado. Los delicados barrotes de seguridad eran inexpugnables. *A menos que realmente insistas mucho*, le había dicho el enfermero guiñándole un ojo. Hasta en eso había un trabajo de diseño detrás. La apariencia de los barrotes. El material. El mecanismo que impedía que alguien los pudiera quitar. Y todo estaba pensado para que no resultara intimidante. *Una jaula positiva*, pensó Lionel. Querían que la gente en la clínica sintiera su cautiverio como algo positivo.

Estuvo ahí durante seis meses y después lo dejaron salir. Su madre quería que se mudara con ella, pero Lionel ansiaba volver a su vida y a su investigación. Quería ser él mismo otra vez.

En Madison, Lionel sobrellevó bien la primavera y el verano. Tenía un médico, una rutina. Se le estaba por terminar la licencia y pensaba retomar el programa cuando empezara el nuevo año académico.

Todavía no había recuperado por completo su esencia, pero ya le faltaba poco.

Y entonces unas semanas atrás, en la vereda, en plena tarde, lo asaltó una imagen vívida y sobrecogedora: se vio saltando frente a un coche, dejándose aniquilar. Al día siguiente volvió a internarse en el hospital de la Universidad para que lo controlaran. Cuando esa sensación de amenaza desapareció, cuando ya no sintió que era capaz de dañarse, se fue a su casa. Y ahí llegó la invitación para la cena. Como un llamado desde ese mundo que había dejado atrás.

Sí, la gente a veces intentaba suicidarse. Algunos tenían éxito y otros no.

En el baño del anfitrión, Lionel trató de serenarse. El pulso le sacudía los muslos y creyó que esa fuerza lo iba a hacer resbalar del borde del inodoro, donde se había encaramado. El movimiento lo mareaba. Le indignó que el comentario de Charles, trivial y desdeñoso como era, lo hubiera paralizado de esa forma. Había dejado que la idea lo dominara. Y eso no era lo peor: también había dejado entrever cuánto le molestaba. Se levantó, se inclinó sobre el lavatorio y se echó agua fría en la cara. Las canillas aullaron cuando las giró; el chorro era enérgico y entrecortado. Lionel ahuecó las manos y bebió, tratando de aquietar las pulsaciones. El agua le pareció ligeramente jabonosa. El mareo seguía intacto; esa sensación de inestabilidad, ese bamboleo, como si las piernas pudieran ceder.

Hubo un golpe fuerte en la puerta.

—Un minuto —dijo Lionel. Volvió a abrir la canilla para que quien estuviera del otro lado creyera que se estaba lavando las manos. Su madre le habría pedido que se peinara y le habría dicho que tenía la pésima costumbre de permitir que la gente blanca lo viera desaliñado y

con el pelo revuelto. Cada vez que su madre lo abrumaba con esas cosas él habría querido decirle que la gente blanca no era más que gente, aunque sabía muy bien que se trataba de un comentario cándido y tonto, porque la gente blanca era, bueno, gente blanca. Mientras estaba en la clínica, su madre le había contado que sus tías y sus tíos *del sur* —que era como llamaba a su ciudad natal en el este de Georgia— pensaban que su situación se debía a la cantidad de chicos blancos con los que se había juntado en la escuela y en los campamentos de matemáticas. Sus tías y sus tíos veían en su deseo de muerte una extensión de aquello que no entendían o no les gustaba de él —su manera de hablar, su modo de interpretar las cosas—, y culpaban de todo a su padre y a las costumbres de su padre.

No era muy lúcido.

No conducía a nada.

No era culpa de nadie.

Esas cosas pasaban.

Cuando entreabrió la puerta no vio a nadie. Fue recién al salir al pasillito, repleto de fotos del anfitrión y de su familia, que Lionel descubrió a Charles apoyado contra una puerta, con los ojos cerrados.

—¿Estás bien? —preguntó Charles.

—Me parece que eso tendría que preguntártelo yo.

—No quería venir a esta cena.

—¿Y entonces por qué viniste? —Lionel apoyó la espalda contra la pared. Justo enfrente había una foto de infancia del anfitrión. Se lo veía feliz, satisfecho, con la cabeza echada hacia atrás en éxtasis. Una mujer de shorts blancos y expresión neutra estaba de pie junto a un arbusto alto.

—Sophie —dijo Charles—. Fue Sophie la que quiso venir.

—¿Cuál es Sophie?

—La rubia.

Lionel estiró la cabeza lo suficiente como para ver el living a través de la puerta de la cocina.

—¿La flexible?

Charles asintió. Se apartó de la puerta y se reclinó contra la pared. La luz de la cocina se colaba por el pasillo y los separaba.

—Es lindo hacer cosas por el otro —dijo Lionel.

—La verdad es que metí la pata.

—Estoy sano y salvo. Tu conciencia puede seguir intacta.

—No, de verdad. Si la cagué, dímelo.

—Mi experiencia me indica que nadie quiere escuchar que la cagó.

—Tal vez deberíamos volver al living.

—¿*Deberíamos*? —Lionel negó con la cabeza—. Tú puedes hacer lo que quieras. Yo creo que me voy a quedar acá un rato más.

Charles suspiró. Ahí parado, con la mejilla contra la pared, parecía un poco indefenso. Lionel lo imitó. Se dio vuelta y apoyó una mejilla contra la frescura del revestimiento de yeso.

—¿Te molesta si me quedo?

—Como gustes. No es mi casa —dijo Lionel. Pero entonces se dio cuenta, y fue un alivio: Charles también era tímido.

—Qué chico recio. Bueno.

Lionel creyó advertir que sus respiraciones se sincronizaban. El contacto visual ya había pasado el límite de lo absurdo, pero no le resultaba incómodo ni molesto. Ni siquiera sabía bien si se estaban mirando o no. Lionel se había puesto un poco bizco y veía a Charles descompuesto en varios segmentos borrosos. Pero estaban otra vez en un momento propio. Habían recuperado ese tempo íntimo, personal. Lionel sintió que se liberaba de las expectativas que pudieran tener los demás sobre cómo debía ser o proceder. Sintió que se liberaba de sus propias expectativas.

Era una especie de bondad, tan simple como eso.

Volvieron a la fiesta. Charles fue a pararse detrás de Sophie. Ella le frotó los brazos. El anfitrión buscó otra vez la mano de Lionel y lo atrajo hacia el diván.

—¿Todo bien? —le preguntó. Lionel se sentó en el apoyabrazos. El anfitrión tenía las manos grasosas de comida y había extendido las piernas por sobre los regazos de la pareja. Ellos ahora estaban reclinados hacia adelante: mantenían dos conversaciones simultáneas con la persona andrógina, hablaban al mismo tiempo, en una ensalada de referencias a Dostoievski y Planned Parenthood.

—No, la gente *cree* que prefiere a Tolstói, pero Tolstói básicamente es J.K. Rowling. El verdadero genio es Dostoievski.

—O sea, es una mierda, estamos a punto de quedarnos sin fondos. Digo, con lo que te cuesta ese latte bien podrías hacer una donación, ¿no?

—Sí, no sé, puede ser, lo intenté. ¿Por dónde empiezo?

—Sí, cierto, ¿pero qué puede hacer una sola persona contra la vasta maquinaria política del imperio estadounidense?

—Me parece, la verdad, que decirle a alguien por dónde tiene que empezar a leer a un autor es casi un camino de ida hacia el fascismo.

—Eso es lo que quieren que pienses. No sé, es como si Martin Luther King se hubiera quedado en su casa solo porque todo era muy difícil...

—Personalmente creo que *Crimen y castigo* es mejor, pero yo qué sé, es solo mi opinión.

—Estoy bien —dijo Lionel—. Recuperándome de un virus.

—¿Ya no contagias, no? —preguntó alguien. Lionel levantó la vista y vio que era el mismo gordito de antes, sentado en el suelo cerca de la silla de Sophie—. Es plena temporada de gripe.

—No creo que sea contagioso, no —dijo Lionel.

—Mejor, porque no tengo un gran sistema inmune, y además, bueno, sería socialmente irresponsable de tu parte salir sin sentirte del todo bien.

—Ay, la responsabilidad social, ya empezamos... —dijo el anfitrión, y le acarició la espalda a Lionel con unos dedos pringosos.

—No es para reírse. A ver, no todo el mundo tiene un sistema inmune sólido y...

—Tal vez si comieras más verduras y pasaras por un gimnasio —dijo el anfitrión con una mueca de desprecio. Lionel tuvo sentimientos encontrados: si bien el tipo era insoportable, el anfitrión estaba ejerciendo una maldad innecesaria. Supuso que lo hacía porque el hombre era gordo y porque al anfitrión no le parecía atractivo.

—No está probado que una dieta mayormente vegetariana brinde una protección real contra infecciones por vectores virales.

—Sí, sí, claro, obvio —dijo el anfitrión, radiante, recorriendo el living con la mirada en busca de aprobación, y como era su fiesta y su casa la gente le seguía la corriente, le sonreía quedamente y balbuceaba algo en señal de asentimiento. El hombre sentado en el suelo se puso rojo, pero después se encogió de hombros.

—Hablando de verduras, creo que mejor me voy a limpiar el desastre que armé —dijo Lionel.

—No, quédate —gimió el anfitrión.

Lionel se acuclilló junto a la chimenea, pero su plato y la comida ya no estaban. Sobre los listones de madera percutida no quedaba más que una veta brillante. En la otra punta de la habitación, Charles había abrazado a Sophie y ahora los dos lo miraban. Charles se inclinó para hablarle al oído y ella entrecerró apenas los ojos. Luego Sophie giró la cabeza y le susurró algo; los dos parecieron soltar unas risitas subrepticias. Lionel deseó que la comida todavía estuviera en el suelo, así al menos tendría algo para hacer. En cambio se levantó y fue hasta la cocina. Tal vez ahí podía hacer algo útil, empezar a lavar los platos.

Charles lo siguió. Ahora los dos estaban junto a la mesada del anfitrión. En un plato quedaban algunos pescaditos asados y crocantes. Charles agarró uno y le mordisqueó las aletas.

—No hacía falta —dijo Lionel—. Yo podría haber limpiado.

—Supuse que la mitad del desastre era mío.

—Sophie parece simpática. —Lionel se sirvió agua en un vaso de plástico. La pileta estaba demasiado llena como para que realmente

tuviera ganas de ayudar. Había perdido el valor, el impulso altruista o ambas cosas.

—Es extraordinaria —dijo Charles.

Lionel estaba a punto de preguntarle por qué lo había seguido hasta la cocina y por qué se había parado tan cerca justo cuando apareció el anfitrión. Se sorprendió un poco de verlos juntos, eso era obvio, pero se acomodó como un gato que cambia de posición en plena caída y se apoyó sobre Lionel para abrir la heladera.

—Chicos, ¿quieren un poco de vino?

—Para mí no —dijo Charles, e hizo una cruz con dos dedos a la altura del cuello, como indicando una prohibición.

—Yo sí, un poco —dijo Lionel. El anfitrión sacó de la heladera una botella de rosé, se agachó al lado suyo, justo frente a su entrepiera, y abrió un cajón. Extrajo unas tijeras de cocina y le guiñó un ojo antes de volver a cerrar el cajón, recorriéndole el contorno de la verga con un pulgar.

Aunque el contacto fue fugaz, Lionel se sobresaltó. Lo sintió como una especie de amenaza. O de promesa.

El anfitrión cortó el bozal de alambre y quitó el corcho con un pop que a Lionel le aguló la boca. En ese sonido ya casi pudo saborear el vino. Charles mantuvo la distancia, masticando su pescado, y observó el despliegue excesivo que hacía el anfitrión para llenar la copa y alcanzársela a Lionel.

—Salud —dijo el anfitrión.

—Salud.

—¿No van a felicitarme?

—Obvio. Felicitaciones. ¿Por qué?

—Defiendo mi tesis antes del receso —dijo—. Soy un hombre libre.

—Eso explica la cena —dijo Lionel.

El anfitrión asintió y se sirvió vino en un frasco. Brindaron.

—Felicitaciones. Te lo mereces—. El anfitrión sonrió. Sus dientes eran tan blancos y parejos que parecían haberle salido carísimos. El

vino era bueno, aunque con un dejo metálico. Igual Lionel no sabía exactamente en qué consistía un buen vino. Si bien el rosé era diáfano y fresco, se notó la cara caliente. Sintió un poco de vergüenza ajena por el anfitrión: lo necesitado que estaba, el descaro con el que lo demostraba. Pensó que él, en su lugar, no habría sido tan demandante. Con su misma suerte, con semejante buena fortuna, Lionel se habría tomado las cosas más a la ligera. Habría sobrellevado el éxito con mayor soltura. Pero el ganador decidía cómo celebrar. Y los demás debían aceptarlo, porque si no quedaban como malos perdedores.

Sus médicos habían tratado de ayudarlo a que depusiera esa costumbre de construir su autoimagen a partir de las opiniones ajenas o de nociones como el éxito. Habían tratado de ayudarlo a fortalecer su amor propio. Pero ahí, en la cocina del anfitrión, sintió que aquel viejo ego asomaba la cabeza y lo miraba admonitoriamente.

—¿Estás por lanzarte al mercado laboral? —preguntó Charles. Su voz surcó la cocina y Lionel recuperó cierto sentido del equilibrio.

—Sí —dijo el anfitrión—. Tuve un par de entrevistas.

—¿Algo bueno? —Charles arqueó las cejas como si supiera perfectamente a qué se refería con *bueno*, pero Lionel sospechó que no tenía idea. Es que nadie sabía. En parte porque no había nada *bueno* para un matemático. Podías conseguirte un puesto en alguna universidad o trabajar como asesor. Eso si la suerte estaba de tu lado. Caso contrario, terminabas como profesor adjunto en tres colegios universitarios distintos, y dedicabas las horas más remotas de la mañana o de la noche a ocuparte de ese rinconcito del universo que te habías ido forjando mientras cursabas tu posgrado, pero con recursos más escasos y con mucho menos tiempo. Y así, año tras año, ibas viendo cómo la luz de tu futuro se extinguía lentamente hasta morir como una estrella remota. Sobre el final, les contabas a los demás que *alguna vez* habías estudiado con un premio Nobel. Y que *alguna vez* habías dado una ponencia en un congreso del que también participaba Terry Tao. Y que *alguna vez* te habían propuesto para una Medalla Fields. Todo eso mientras la gente

con la que habías cursado el postgrado te sacaba una ventaja inmensa y desentrañaba los misterios más recónditos del universo. Tus colegas iban ocupando tu lugar hasta que ya casi no lograbas recordar cómo eran cuando los dos habían compartido una cocina, una noche nevada y otoñal, bebiendo rosé y brindando por su tesis.

Lionel y el anfitrión sabían, y posiblemente Charles también, que esa era solo una charla cortés y circunstancial, pero había logrado que Lionel se sintiera peor. Mientras se tomaba el vino, una parte cruel y fría de su ser anheló que el anfitrión reprobara la defensa de tesis. Sin embargo de inmediato aplastó ese pensamiento con un deslumbrante manchón blanco y lo borró.

El anfitrión separó los labios; sus dientes, enormes y carísimos, refulgieron bajo la luz de la cocina. En el living la fiesta seguía. El murmullo subía y bajaba. Y alguien reclamó el vino.

—Claro —dijo el anfitrión muy lentamente. Apoyó una mano en el sacro de Lionel, se acercó y lo besó. Había un calor animal en sus labios. Sorprendentemente. Parecía afebrado. El anfitrión se alejó un poco y le guiñó un ojo a Charles.

—Tal vez algún día te lo cuente todo. —Entonces alzó la botella por sobre su cabeza y fue hasta el umbral de la puerta.

Se oyó una ovación aguda, estridente. Charles miró a Lionel.

—¿Estás bien?

Lionel dejó su vaso sobre la mesada. El anfitrión salió de la cocina y fue hacia el bullicio del living. Lionel se deslizó hacia el suelo y apuntaló la espalda contra el mueble. Charles se sentó justo enfrente, pero como hundiéndose en el piso, entre bufidos y muecas de dolor.

—Ya sé cómo es —dijo.

—¿Qué cosa?

—En mi programa académico también hay un par de imbéciles.

Lionel asintió, pero después hizo que no con la cabeza.

—No, no es un imbécil. Es muy talentoso.

—Se puede ser las dos cosas.

—¿Alguien talentoso no se ganó el derecho a ser un imbécil?

—Me parece que no —dijo Charles—. Aunque la gente cree que sí.

—Tal vez yo también sería un imbécil si no me hubiera tomado licencia. Si me estuviera por doctorar antes de tiempo. —Pero de pronto a Lionel no le gustó la amargura de sus palabras, en parte porque sentía que así admitía los méritos del anfitrión o le otorgaba cierto poder sobre él—. Igual no importa. Está todo bien.

El viento frío que se colaba por el mosquitero le heló el cuello. Charles apoyó la parte posterior de la cabeza contra un cajón.

—Está bien enojarse —dijo Charles.

—¿Enojarse con qué?

—Con la vida. —Charles extendió cautelosamente una pierna y se masajeó la rodilla con la palma de la mano.

—¿Te lastimaste?

—Me excedí un poco. No es nada.

Era fácil ver cómo Charles podía haberse extralimitado. Tenía uno de esos cuerpos que solo se adquirirían en base a un altísimo riesgo personal. Era atractivo de un modo que parecía incompatible con la vida cotidiana. Un tipo de belleza que únicamente se veía en gente de la televisión o con muchos seguidores en redes sociales. Pero también parecía estar lastimado. Un cuerpo así tenía que haberle salido caro.

Eso Lionel lo entendía. Era el precio de la vida deseada. Que a veces podía volverse en contra, reclamar su parte.

Se oyó un crujido en las baldosas de la cocina y los dos miraron hacia la puerta. Era Sophie. Bajó la vista y los observó. Sus ojos fueron velozmente de Lionel a Charles, a su rodilla.

—¿Nos tenemos que ir? —le preguntó.

—Estoy bien —dijo Charles—. Podemos quedarnos.

—Sería mejor si le pusiéramos hielo en casa.

Charles inspiró y después dijo bruscamente:

—No soy una nenita.

—Ay, por favor —dijo Sophie. Abrió la puerta del freezer y metió la cabeza, como si lo hubiera hecho mil veces. Sacó un pack de gel azul y se lo ofreció.

—¿Y con eso qué mierda se supone que haga? —preguntó Charles.

Sophie volvió a entrecerrar los ojos, que esta vez se posaron en Lionel. Tiró al suelo el pack de gel helado. El bloque azul giró boca arriba como una tortuga inerme. Los tres lo observaron hasta que se detuvo.

—Tal vez te pueda ayudar tu nuevo amiguito —dijo.

—Calma, Sophie.

—Eres tan egoísta.

—Querías que viniéramos. Y acá estoy.

Sophie ya no dijo nada más, solo observó brevemente a Charles. Y luego volvió al living. Recién ahí Lionel sintió que podía exhalar. Durante todo el intercambio había contenido la respiración. Los había visto mostrarse los dientes. ¿Eso era estar con alguien? ¿Eso era cuidar a alguien?

Charles se levantó con dificultad. Lionel oyó un ruido sordo en la rodilla.

—¿Qué te estaba diciendo sobre los imbéciles? —preguntó Charles, y también abandonó la cocina, sacudiendo la cabeza.

Lionel bebió en paz el resto de su rosé. Empujó el pack de gel con un pie y lo puso a girar. Cuando se detuvo, lo hizo girar en la dirección opuesta.

* * *

Aunque había empezado a nevar, salieron todos al jardín trasero; no había mucho para ver excepto el resplandor del alumbrado público entre los árboles y la luz azul y brillante del galpón del vecino.

Hicieron circular un porro que alguien había llevado.

—Un vaporizador analógico —dijo el anfitrión—. Me encanta.

Lionel sacó una mano por la baranda del porche y peinó los gruesos copos de nieve que flotaban en la noche. La delicadeza con que se derretían le dio ganas de llorar.

El anfitrión olía a vino y a porro; un vaho dulce, levemente acre. Se acuclilló junto a Lionel y sus hombros chocaron.

—¿Quieres quedarte a dormir esta noche? —preguntó—. Para celebrar como corresponde. —Lionel sabía que eso en realidad significaba: *¿Quieres un poco de sexo?* El anfitrión lo preguntó a un volumen lo suficientemente alto como para que lo escucharan los demás pero no tanto como para que la invitación no transmitiera cierta formalidad. Lionel contempló las expresiones de los otros y se preguntó qué harían si accedía.

—Mmm —fue en cambio su respuesta. Así tan cerca, cara a cara, con el olor del humo en el aire, Lionel sintió que si la situación hubiera sido ligeramente distinta le habría dicho que sí, se habría dejado arrastrar. Aunque más no fuera por la perspectiva de contagiarse algo de la buena suerte y la buena vida del anfitrión.

Charles estaba sentado en un taburete y Sophie se había reclinado sobre su espalda. Le rodeaba el cuello con los brazos pero miraba a Lionel. No le sonreía, o no del todo. Era otra cosa. Una expresión que dejaba entrever cierta calidez. Sophie resplandecía bajo las luces del porche. Charles le acariciaba el brazo con un dedo. Podrían seguir así para siempre, pensó Lionel. Sabían qué cosas hacerse. Cómo estar juntos. Ese altercado en la cocina había sido una aberración, o tal vez solo el preludio para esa ternura posterior.

Sophie le besó la coronilla y se alejó. Fue a sentarse junto a Lionel. Tenía puestas unas calzas grises bien gruesas y una pollera de corderoy, una campera violeta echada sobre los hombros y un gorro verde que alguien le había tejido especialmente. Antes, mientras se preparaba para salir al jardín, se lo había mostrado a todos muy orgullosa, como si fuera una reliquia familiar.

—Complicadas las cenas, ¿no? Igual veo que con Charlie congeniaron bien.

Sophie se sostuvo el mentón con una mano. *Charlie*.

—Sí —dijo Lionel—, ya somos íntimos.

La cara de Sophie mutó sutilmente bajo las luces del porche, como una figura mitológica o el tráiler de alguna película de terror. Charles balanceó el taburete hacia adelante y se apoyó con los brazos sobre la baranda. En el jardín, los demás habían empezado a girar en círculos lentos, con la cabeza echada hacia atrás y los brazos extendidos hacia los costados, como cristos.

—Sabe divertirse —dijo Sophie.

—Me temo que la situación me excede. O tal vez estoy un poquito borracho para tener esta charla.

—Solo trataba de decir... que no siempre es considerado con los demás —dijo Sophie casi divertida. Lionel se relajó. Se apretujaron contra el revestimiento de la pared. Lionel sintió que recuperaba el aliento. Sophie le ofreció su vaso, y como percibió cierta reticencia le aclaró—: Agua.

—En ese caso... —dijo Lionel. El agua tibia tenía un leve regusto a cerveza. Habían enjuagado el vaso con muy poco esmero antes de volver a llenarlo, o directamente lo habían llenado sin enjuagarlo. Pero ni bien dio el primer sorbo Lionel supo que tenía una sed implacable, infinita. No podía parar de beber. El agua pasaba por su boca y caía en el fondo de la garganta, donde se disolvía en la nada. Siguió bebiendo para aplacar la sequedad de la lengua, y antes de darse cuenta se había tomado toda el agua. Sophie lo miró de una forma que podía transmitir tanto sorpresa como fastidio.

—Perdón.

—Se nos hizo la hora de la sed.

Lionel se ofreció a llenar el vaso, pero Sophie se encogió de hombros y le dijo que no hacía falta. Había llevado al porche una manta liviana con la que tapó las piernas de ambos.

—Perdón si fui muy venenosa antes —dijo—. En la cocina.

—No me pareció.

—Bueno, sí, fui, pero gracias igual. Es que odio cuando las personas no dicen la verdad sobre lo que sienten.

—Ah, entonces tu veneno ha ser constante...

—Me considero una persona honesta.

—Debe ser lindo tener una autoimagen tan fuerte.

Lionel sintió, por la presión de la cabeza de Sophie contra el revestimiento de la pared, que estaba girando para mirarlo. Lo percibió también en el ajuste sutil del hombro sobre el brazo.

—Bueno, hablando de veneno...

—Fueron unas semanas muy largas —dijo él.

Circuló entre ellos una especie de calor. Una suerte de entendimiento animal. Sophie tenía ojos azules. Y el pelo decolorado, aunque parecía sano y luminoso. Su boca era carnosa y delicada, con una breve cicatriz sobre la barbilla. A Lionel esa sensación le resultaba desconocida —o no del todo: la conocía, solo que no estaba acostumbrado a experimentarla con mujeres—. No era el deseo tal como lo recordaba y entendía, no exactamente; no es que deseara acostarse con Sophie o verla desnuda, pero sí quería tocarla y dejarse tocar. Quería sentir su contacto. Descubrió en ella una expresión de total serenidad, y se sintió capaz de revelar cualquier detalle íntimo si ella tan solo se lo preguntaba. Los listones del piso del porche estaban fríos y dejaban pasar las corrientes de aire. Sophie tembló y buscó a Charles con la mirada, interrumpiendo el momento.

—Charlie me contó que supervisas exámenes.

—Sí, para la universidad. Igual son solo un par de días por semana.

—Qué bueno —dijo Sophie. Lionel puso los ojos en blanco. Era el típico comentario destinado a ocultar que la otra persona está resultando aburrida. Por fin se replegaban hacia el parloteo insustancial de las fiestas, ese intercambio vano de fragmentos de información, como sobras de comida en un plato.

—¿Y tú? ¿Qué haces?

—Ah, yo bailo. Desde que tenía cinco años. Es casi lo único en lo que soy realmente buena. No se gana un centavo, pero qué más da.

—Es algo real y concreto. La danza. Quiero decir, una cosa real, que existe en el mundo. Es arte.

—Sí, claro, gracias —dijo—. De hecho Charlie también es bailarín.

—¿En serio? —preguntó Lionel. De pronto ese cuerpo cobraba sentido.

—Cursamos un programa de posgrado.

—¿Cuánto hace que están juntos?

—¿Unos ocho meses o algo así? Soy pésima con estas cosas. —Achinó los ojos y negó un poquito con la cabeza. Charles los estaba mirando por encima del hombro. Sophie le hizo señas con la mano, pero Charles negó con la cabeza y volvió a mirar en dirección al jardín.

—Eso es mucho tiempo —dijo Lionel. Ocho meses eran una eternidad. Toda una vida podía cambiar en ocho meses. O terminar.

—¿Sí? ¿Es mucho? —preguntó Sophie—. No me pareció. Pero sí, supongo que el tiempo vuela.

—Sí. Salvo cuando quieres que vuele.

Sophie lo miró de soslayo.

—¿Qué estás tratando de decir?

—Nada. Bueno, nada referido a ustedes dos en todo caso —dijo Lionel.

Sophie lo miró un instante más y después pensó como si estuviera por tomar una decisión.

—Charlie tenía razón, eh —le dijo—. De verdad que es difícil hablar contigo.

Lionel sintió un escalofrío, mezcla de placer e incomodidad. Antes, cuando ella le había mencionado su trabajo como supervisor, no lo había advertido, pero ahora se daba cuenta de que Sophie y Charles habían estado hablando sobre él. Repasó todo lo que había dicho y hecho Sophie desde que se le había sentado al lado, tratando de hallar alguna intención oculta. Pero no encontró nada. Solo el tintineo de su

voz y el calor de su cuerpo bajo la manta, tan cerca. Ahora Sophie le había puesto una mano sobre la muñeca, y después la había deslizado un poco más hasta aferrarle la suya. Lionel sintió que tenía las manos frías y levemente encallecidas, pero sólidas. Sophie flexionó los dedos, los entrelazó con los de Lionel y lo miró fijo. Él pensó en alejar la mano, pero no lo hizo.

—La gente es difícil —dijo él.

—Lo dice un verdadero introvertido.

—Si realmente fuera tan introvertido me habría quedado en casa. Y habría sido la decisión más sensata.

—Me parece que de verdad te lo crees —dijo Sophie sin ocultar su asombro—. Debes tenerte muchísimo miedo.

Lionel tembló. Y luego alejó su mano de Sophie. Justo a tiempo, porque Charles acababa de arrancarles la manta de las piernas y haciéndola flamear sobre sus hombros se la había puesto como si fuera un chal.

—Algunos nos estamos helando las bolas acá afuera —les dijo.

—Traté de que vinieras a sentarte con nosotros —dijo Sophie.

—No quise —dijo Charles haciendo puchero.

Sophie emitió un sonido condescendiente desde el fondo de su garganta, un lamento de una compasión exagerada. Charles adelantó el labio inferior.

—No, obvio que no —dijo Sophie, ya sin hacerle burla. Charles también había depuesto su mueca. Hubo entre los dos un silencio tenso.

—Yo en tu lugar no seguiría —dijo él.

—Date cuenta, por favor.

—Sophie —ladró Charles. Hubo un resplandor en sus ojos, ensanchó ligeramente los hombros.

Afuera, en el jardín, la gente había empezado a saltar, a aplaudir y a gritar. El anfitrión se levantó, se asomó por sobre la baranda del porche y aulló. Ahora nevaba fuerte. Y todo el mundo gritaba. Charles echó la cabeza hacia atrás y soltó un alarido trepidante. Lionel vio cómo se le

abultaban los músculos del cuello; tenía la piel enrojecida. Fue el último en callarse. Lionel sintió que ese sonido lo empapaba por completo.

El aullido de Charles todavía vibraba cuando se metieron en la casa, a resguardo del frío.

Lionel se despidió de todos desde la puerta. El anfitrión lo abrazó un rato largo y le deslizó la mano por debajo de la camisa.

—Quiero que te quedes —dijo.

—La próxima —susurró Lionel. Le dio a Sophie un veloz apretón de manos. Intercambiaron números de teléfono y prometieron llamarse o escribirse en esos días para ir a almorzar. Charles le aferró muy fuerte la mano y lo atrajo hasta que estuvieron muy cerca.

—Nos vemos pronto, Lionel —dijo.

—Adiós, *Charlie* —le susurró él al oído, para sorpresa de ambos.

Gratamente entonado, Lionel decidió caminar hasta su casa. De todos modos el último ómnibus había pasado hacía rato, y tampoco era una distancia tan terrible. Se había tomado un único vaso de vino y le había dado dos o tres pitadas al porro. Flotaba en una nube cálida.

Lionel vivía en Hancock, así que cortó camino por Orton Park. Los juegos infantiles tenían un aspecto triste y fantasmal. El viento mecía las hamacas. En la glorieta brillaban unas luces blancas y azules, pero la nieve llegaba a la altura de los bancos.

Los barrios y la heterogeneidad de sus casas. Modernistas, estilo colonial holandés o Reina Ana, todas mezcladas, una al lado de la otra. Durante su primer año en el postgrado había salido junto con un amigo a recorrer los barrios del East Side, y el amigo, que era danés, no paraba de repetir: *hay torrecitas en una esquina y Frank Lloyd Wright en la otra. No tiene sentido. Nada fluye.* De noche las casas adquirirían cierto sentido. Como si estuvieran incrustadas en un contexto compartido.

Lionel ya casi extrañaba la charla de la fiesta, extrañaba conversar con Sophie y Charles. *Charlie*. No había sido precisamente cómodo. Pero le había sentado bien hablar con ellos. Discutir un rato. Lo

ayudaba a olvidarse de las cosas que había encontrado en su casa al salir del hospital: los platos sin lavar en la pileta. La ropa sucia. Todas sus pertenencias cubiertas de polvo. No había sido tanto tiempo —apenas una semana y media—, pero igual. Al volver aquel día, su casa le había parecido un lugar extraño. Como si le perteneciera a otra persona. Y aquel olor rancio. Le había pasado por dejar la pileta llena de agua. Lo sabía. Las costras sobre los platos, los fideos reblandecidos. Ahora al menos, antes de ir a la cena, había lavado la vajilla.

Su teléfono vibró. Revisó la pantalla y no reconoció el número.

dde stas?

Lionel observó la extensa calle gris por la que venía. Las casitas finalmente iban cediendo ante los edificios de piedra y ladrillos. Ya estaba cerca del Capitolio pero aún no en la plaza. La nieve le había humedecido las bocamangas del jean y tenía las medias empapadas. Soplaba una ventisca densa y potente. Miró el nombre de la calle perpendicular y vio que ya casi estaba en su casa. Había caminado unos quince minutos sin darse cuenta del paso del tiempo. Le mandó su ubicación al número desconocido, en un arrebato de coraje un poco tonto, casi narcotizado.

El teléfono volvió a sacudirse:

yendo

Esto era otra cosa. No una pregunta sino una respuesta. Algo iba a su encuentro, y él no sabía de qué o de quién se trataba. Había mandado su ubicación un poco en broma, pero ahí estaba el eco de su mensaje, el rebote, y sintió una especie de agujoneo, como si una abeja lo hubiera picado en la base del cráneo.

Otro mensaje de texto:

t veo pronto

Lionel siguió caminando. Escribió:

quien eres?

Otro cimbronazo, otro texto desde la nada:

;))

Lionel se dio vuelta y miró la calle por la que había venido caminando. Experimentó una versión desvaída del miedo. Como si todo su cuerpo estuviera adormecido pero intentara despertarse, como si solo pudiera percibir las cosas a través de una bruma espesa.

Siguió caminando. Se iba a ir a su casa y se iba a olvidar de la cena, de Charles, de Sophie. Iba a doblar toda la ropa lavada. Se iba a meter bajo las cobijas y a dormir. Iba a estar ok. Iba estar bien, bien, bien.

Otro texto:

donde estas? no t veo

Lionel no respondió. Siguió caminando. Pero entonces llegó una voz que lo llamaba desde atrás. No se dio vuelta, se limitó a cruzar la calle. La voz sonaba cada vez más fuerte, más cerca. Empezó a transpirar. Un calor le anegó la espalda y la panza. *Sigue avanzando*, se dijo. *Sigue avanzando*.

Se resbaló ligeramente en la vereda inclinada. El hielo bajo la nieve era áspero, y pronto logró hacer tracción con las suelas hasta recuperar el equilibrio. La voz estaba cada vez más cerca, pero Lionel ya podía ver su edificio, ahí nomás, en la esquina. Tenía un departamento en planta baja. La luz del hall de entrada se derramaba sobre la nieve: un remanso amarillo pálido. Tanteó en los bolsillos buscando sus llaves.

—¡Lionel! —escuchó. La voz ya no era algo difuso sino un grito bien definido que pronunciaba su nombre en medio de la noche. Alzó la vista y ahí estaba Charles, en la frontera entre la luz y las sombras. Jadeaba casi en cuclillas, con una mano en el costado. Tenía el pelo húmedo, y en las puntas de los rulos unas gotitas de sudor congelado que chispeaban. Era raro verlo ahí. Lionel encontró las llaves en el bolsillo.

—¿Por qué estás acá? ¿Cómo es que estás acá?

—¡Saliste corriendo! ¿Quién sale corriendo? —Charles lo miró desde abajo mientras recuperaba el aliento.

—Supongo que corrí, sí —dijo Lionel—. No fue a propósito. Es decir, no sabía que me escapaba de ti.

—¡Te escribí! —dijo Charles. Ya se había erguido. Tenía las manos apoyadas en las caderas, pero el peso corporal no estaba distribuido parejamente. Una pierna hacía más fuerza que la otra. Lionel se acordó de la rodilla y sintió culpa.

—Ah, eras tú.

—Sí, tonto —dijo Charles.

—¿Dónde dejaste el coche?

—En esta calle, más arriba.

—Supongo que tiene sentido —dijo Lionel. Le quemaban los muslos y le dolía la espalda baja. Es que sí, había corrido. Atropelladamente, entre la ventisca. Estaba agotado. Y quería entrar en un lugar cálido.—¿Te gustaría pasar a casa?

—Claro —dijo Charles.

Lionel dijo que sí con la cabeza pero no se movió para abrir la puerta. Se miró la palma de la mano, donde estaban las llaves que el personal del hospital le había devuelto unos días antes junto con el resto de sus objetos. Las sintió frías, livianas. El edificio acechaba a sus espaldas. Lo único que tenía que hacer era darse vuelta y meter la llave en la cerradura, pero no podía. Sus articulaciones no respondían. Sus músculos no reaccionaban. Todo le parecía inabordable después de esa noche tan larga.

—¿Puedes? —preguntó Lionel—. ¿Lo harías?

—Qué bicho más raro —dijo Charles. Pero tomó las llaves que Lionel sostenía en su mano. Probó la primera, y en cuanto vio que no abría la puerta principal se dio vuelta para mirar a Lionel. Probó con otra. Misma suerte.

—¿Una ayudita...?

—Es la que tiene la cinta roja —dijo Lionel. Por la calle pasó un coche y levantó una estela grisácea de barro y aguanieve. Buena parte aterrizó cerca de la zona iluminada, en el límite del patiecito delantero.

Apenas Charles abrió la puerta, sintieron el aire cálido del hall principal. Olía a repollo hervido y a cera para pisos.

Lionel entró al vestíbulo tibio y señaló el largo pasillo de baldosas rojas, flanqueado por una hilera de buzones grises y mellados.

—La azul —dijo.

Charles miró el manojito de llaves y descubrió que cada una tenía un color distinto. Lionel les había cambiado las cintas la mañana anterior, como para recordar para qué servían.

—Muy práctico —dijo Charles—. Buen sistema.

—Ayuda —dijo Lionel, que no atinaba más que a seguir apoyado contra la pared junto a los buzones.

Una vez en el departamento, se quitaron los abrigos y las botas. Lionel encendió la luz y la súbita intensidad del resplandor los encandiló.

—Perdón.

—Está bien. —Charles se sentó junto a la ínfima mesa de la cocina; su mera presencia hacía que todo en el departamento pareciera pequeño e inútil, como una casita de juguete. De pronto a Lionel le dio vergüenza permitir que alguien viera dónde y cómo vivía.

—¿Quieres café? Solo tengo granos baratos... Y están medio viejos.

—Sí, claro.

Lionel puso un poco de agua en la pava eléctrica y volcó el café molido en una cafetera de émbolo. Charles arrastró su silla hacia atrás

y después las tablas del parquet se tensaron bajo su peso mientras recorría el departamento. Rengueaba un poco de una pierna.

—¿Así que aquí vives?

—No, nos colamos en la casa de un desconocido —dijo Lionel.

Charles se detuvo frente a la biblioteca y con un dedo acarició los lomos de los libros. Emitía un zumbido que fue ocupando todo el departamento. Se dio vuelta para mirar a Lionel.

—¿Estás nervioso?

—Un poquito.

—¿Por? ¿Es por mí? —Charles se le acercó más.

—No, por mí. Y también por ti, supongo.

—¿Qué tengo que pueda ponerte nervioso? —Charles lo acorraló contra la mesada. Lionel sintió que se encogía.

—Tienes novia —le dijo.

—Tengo, sí.

—Bueno. —La pava se apagó—. Debería echar esto. —Charles dio un paso atrás para que Lionel pudiera llenar la cafetera. Vertió el agua muy despacio y controló cómo iba subiendo el nivel. Le encantaba abocarse a ese tipo de cosas, prestarles atención a las tareas cotidianas. Contemplaron el proceso en silencio. Charles le demostró, un poco teatralmente, lo concentrado que estaba en la superficie del café y en los ocasionales burbujeos. Lionel bajó el émbolo.

—¿Leche? —preguntó.

—No.

—A mí así me resulta muy amargo.

—A Sophie igual. —Charles le dio un largo trago a su café, que debía de estar demasiado caliente.

—Me cae bien Sophie —dijo Lionel—. Es realmente muy... simpática.

Charles sonrió. A Lionel le incomodó recordar el modo en que antes se habían tratado con un dejo de maldad, y cómo eso, en cierta forma, los había unido. También pensó, poniéndose cada vez más colorado, en aquel instante en el porche en que todo indicaba que iban a besarse,

porque habría sido lo más natural del mundo. Le gustaba Sophie. Le gustaba la idea de ser su amigo. Pero ahora Charles lo estaba mirando y él sentía que esa posibilidad se desvanecía. Charles puso su taza sobre la mesa.

—¿Dónde duermes?

—Te muestro —dijo Lionel.

A la mañana, Lionel dejó a Charles en la cama.

Enjuagó las tazas de la noche anterior. Después la cafetera, que desarmó, lavó pieza por pieza y puso a secar en un estante. Levantó un panel de la ventana y lo trabó con una regla vieja. El frío iba a ayudar a ventilar el departamento, ese olor rancio de casi dos semanas de encierro.

Lionel aún podía sentir las manos de Charles sobre su cuerpo, la firmeza de su agarre, la presión demoledora de sus cuerpos encimados. Fue al baño a cepillarse los dientes, a quitarse de la boca el gusto a Charles. Cuando volvió a la parte delantera del departamento, Charles se había dado vuelta y estaba boca arriba, completamente desnudo, en exhibición. Tenía un cuerpo espléndido. Definido, filoso, lleno de aristas. Una mata de vello púbico. La verga, sin circuncidar, era de un largo promedio pero muy ancha. Todo en él era proporcionado.

Mientras esperaba a que se despertara, Lionel preparó más café. Se preguntó adónde se iría Charles cuando saliera de su casa; se preguntó qué lo había impulsado hasta ahí. Miraba fijo la mezcla marrón, atento al burbujeo del café, cuando la regla se partió a la mitad. La había usado sin problema durante años. La tenía desde que era chico; se la había regalado un coordinador en el campamento de matemáticas. Todas las marquitas estaban borroneadas. Ahora se había partido, y durante un instante la ventana quedó suspendida en su lugar, como si el mecanismo se hubiera arreglado por arte de magia o la gravedad hubiera dejado de operar. Hasta que el panel se desplomó con tal fuerza que rompió el cristal. En un crescendo como de dibujo animado, varios fragmentos

cayeron a la piletta de la cocina, donde se rompieron un poco más. Lionel sintió que algo antiguo y polvoriento aterrizaba sobre sus labios. Era solo una mota de polvo, tal vez una escama de pintura del alféizar.

—¿Qué estás haciendo ahí? —Charles había entrado en la cocina. Lionel se dio vuelta.

—Es un desastre —dijo.

—¿Qué?

—No lo sé —dijo Lionel, pero tenía el corazón acelerado y le temblaban las manos. Casi no podía dejar de sacudirse.

—Uh, mierda.

—Estoy bien.

—Sí, claro.

—¡No, no! Hay vidrios —dijo Lionel. Charles estaba a punto de cruzar la habitación. Todavía seguía desnudo, descalzo. Ante la advertencia de Lionel, frenó en seco. Se puso las botas, aún sin vestirse, buscó la escoba y la palita y barrió unos cuantos fragmentos de vidrios rotos. Después se inclinó para inspeccionar adentro de la piletta y silbó.

—Vas a tener que comprar uno nuevo cuanto antes —dijo.

Sin el cristal en la ventana, el aire frío se arremolinaba en el departamento. Lionel vio que Charles tenía piel de gallina en la espalda y los muslos, pequeñas rugosidades en la carne.

—Gracias —dijo—. ¿Piensas que pudiste juntar todo?

—Pasa una aspiradora si tienes, pero creo que vas a sobrevivir. —Entonces Charles se agachó para besarlo, lo aferró por detrás de los muslos y lo alzó sin dificultad.

—Tu rodilla —dijo Lionel.

—¿Eres fisioterapeuta?

Lionel envolvió a Charles con las piernas y se dejó llevar hasta la cama. Charles dio unos sonoros pisotones con las botas.

—Quédate —le dijo después Lionel, mientras Charles se vestía.

—No puedo —dijo Charles—. Tengo que irme.

—Quédate.

Cena

—Voy a volver —dijo Charles. Besó a Lionel en la frente, después en la boca y se fue. Lionel se tapó con las mantas y se acostó.

—Igual yo también me tengo que ir —dijo, y no obtuvo más respuesta que el silencio del departamento, el repiqueteo mudo de la nieve contra la pileta de la cocina.